

LA VERDADERA HISTORIA DEL “CRISTO DE LOS GALERA”

FRANCISCO GALERA

PREÁMBULO

Fue en Horta, barrio obrero de Barcelona al que habíamos llegado, pasajeros del hambre, mis padres, mis hermanos y yo, a finales de 1962 procedentes de Cuevas del Almanzora (Almería); fue en 1963; fue el primer Jueves Santo que pasábamos lejos del Calvario y del Vía Crucis y de nuestro pueblo; fue el primer Jueves Santo que mi padre no subiría el Cristo a hombros desde que desembarcó del Canalejas donde había transcurrido la mayor parte del tiempo que duró su largo y voluntario servicio militar; fue la primera y la última vez que vi a mi padre borracho.

Estábamos en el comedor solos mi padre y yo. Mi madre en la cocina preparando la cena, mis hermanos jugando en la calle. Mi padre, angustioso, miraba, a través del cristal de la ventana, hacia sí mismo. Yo tenía 14 años y, en esos momentos, me entretenía leyendo tebeos del Capitán Trueno. Al poco rato mi padre abandonó su ensimismamiento, se sentó frente a mí y me miró, en sus ojos aparecía diáfana y petrificada la imagen que yo, todavía niño, había contemplado otras veces. La más bella de la Semana Santa, la visión del Cristo, su jueves y su luna fundidos en una sola naturaleza en el vía crucis del Calvario; el paso detenido para el rezo de una de las estaciones en mitad de la subida, bajo los eucaliptos, la luz huidiza de las velas que más que alumbrar parecía esconderse en las tulipas iluminando apenas el trono, la luna llena de todos los jueves santos, resplandeciente frente al Crucificado, absorta, acariciadora, pero empecinada en descubrir su gesto de resignación y derrota. El mismo gesto que también ocultaban los rostros de los cientos de penitentes que lo acompañaban. Y luego, el ruido silencioso que provocaban las pisadas de los devotos que la brisa fresca y suave de la madrugada de primavera sembraba por el valle y los cabezas a la espera de mejores cosechas.

Escuché asombrado y sin rechistar, por miedo a que dejara de hablarme, su relato pastoso y neutro,

entrecortado e inconexo por momentos, aunque fácilmente comprensible. A veces, mi padre dudaba de algunas fechas y de algún nombre, pero nunca perdía el hilo de la historia. Cuando hubo acabado añadió: “Hijo, no se lo cuentes a nadie mientras yo viva, luego haz lo que mejor te parezca”. Mi padre lo supo de labios de su padre como yo lo supe de los suyos.

I

Habían ido a Barcelona, mi abuelo y mi bisabuelo, a comprar “tejidos y novedades” para la tienda de Cuevas, como tantas veces. El viaje duraba como mínimo una semana, contando la parada obligatoria en Valencia, donde doña Leonor les tenía siempre dispuesta una habitación a cada uno y Encarnita esperaba al bisabuelo paciente y acogedora; don Jesús, mantenía a ella, viuda de guerra, y a su hijo, costeándoles una casa donde no les faltaba de nada; así, el bisabuelo burlaba a la soledad, como buenamente podía.

Mi bisabuelo Jesús había regresado de Méjico dos años antes, tras haber reunido una considerable fortuna que le permitía vivir disfrutando de los no pocos caprichos y deseos que podían antojársele a la ya avanzada, pero aún lozana, edad de 69 años. Su esposa había traído al mundo ocho hijos—cuatro mujeres y cuatro hombres—, tres morirían en Cuevas, uno de ellos mi abuelo, los cinco restantes y la bisabuela quedarían para siempre en Méjico.

El hombre miró al Cristo, dio una calada al caldo de gallina y preguntó “¿hasta cuándo?”, obtuvo la respuesta que esperaba, la de siempre. Mi bisabuelo y mi abuelo contemplaron la escena desde la puerta de la pensión, el hombre parecía abatido. El bisabuelo se acercó, miró la imagen y le dijo al hombre: “Le compro el Cristo”. El hombre, sin sorpresa, cachazudo, contestó al rato: “Me da que sería un pecado grande hacer negocios de compra-venta con el Cristo, pero, si de verdad le interesa, se lo cambio por las telas que lleva usted en el camión”. El bisabuelo, sin



1. El "Cristo de los Galera" en las inmediaciones de la iglesia de la Encarnación, recorriendo el último tramo de la procesión matinal de un Viernes Santo de finales de los años 50.
(Col. Enrique F. Bolea)

apenas pensarlo, le hizo una contraoferta: "Va a ser un trueque económicamente muy desfavorable para mí pero, si usted quiere, que decida el juego y que sea lo que el Cristo quiera". Mi abuelo Frasquito permanecía mudo, tranquilo e inerte, convencido de que no podía hacer otra cosa que esperar; sabía que su padre, tomada una decisión en un negocio, no atendía a razones. "De acuerdo, mi Cristo contra sus telas. ¿nos lo jugamos a la brisca?". Mi viejo antecesor había interpretado la visión del Cristo como una señal divina que no debía despreciar, tal vez como una oportunidad de redimirse de los pocos y veniales pecados de los que tenía conciencia; por esos motivos, estaba seguro de que el Cristo le echaría una mano, así que pensó que cuanto más dependiera del azar el juego, más posibilidades tenía de que el propio Cristo

o Dios interviniera y le ayudara a ganar. La brisca era muy propicia para ello; él sabía que las cartas marcan y diseñan el camino con muy pocas posibilidades de estrategia y de elección. "A una sola partida", añadió mi bisabuelo y le tendió la mano que el hombre estrechó sellando el acuerdo.

Testigos expectantes y afásicos de la breve partida fueron la dueña de la pensión, doña Leonor, un viajante de bisutería de Toledo, un sargento de la Guardia Civil ya retirado que iba camino de Bailén, Encarnita, sentada junto al bisabuelo, y mi abuelo Frasquito, quien posteriormente contaría el evento a mi padre. La partida de cartas duró menos de cinco minutos y el hombre no hizo ni una sola baza. Esto reafirmó al bisabuelo en la creencia de que el Cristo estaba de su parte. El otro parecía acostumbrado a resignarse a lo que decidiera el azar o el destino o el mismísimo Dios que es lo mismo, así que se levantó tranquilamente y fue a desatar el Cristo que acababa de perder.

Mientras el vencido, ayudado por mi abuelo, desata el Cristo que iba de pie sujetado por los brazos de la cruz a la parte izquierda del cajón del camión, va contando la

historia que "le había referido" el decrepito noble arruinado, anterior propietario de la imagen. El aristócrata, vulgarizado por la indigencia, le debía unas 100 pesetas y con él acordó dar por saldada la deuda a cambio del Cristo.

El hombre venía de Cullera, allí vivía el anterior dueño del Cristo. Éste desembarcó en el pueblo valenciano procedente de Venecia donde había sido creado. Era una obra de finales del siglo XVII e imitaba al Cristo de Velázquez, al que los artistas venecianos consideraban el modelo de Cristo Crucificado por antonomasia. Su familia lo veneraba desde entonces en el recogimiento de la capilla privada. El Crucificado navegó hasta Cullera atado al mascarón de proa de la Santa Ana que más tarde sería una de las pocas naves que se salvó, milagrosamente, no

de la humillación pero sí del desastre en Trafalgar. Para el demudado vizconde, el Cristo intervino evitando el hundimiento de la fragata tanto como para mi iluminado bisabuelo intervino a su favor en la partida de brisca. Dos milagros no son muchos pero son suficientes para comenzar una leyenda.

Cuando hubieron acomodado al Cristo entre las telas, el hombre, vendedor nómada de quincalla, entregó al bisabuelo un revejido documento escrito en letra gótica y castellano antiguo que le había dado el penúltimo dueño. En él se certificaba la autenticidad de la talla veneciana terminada el Jueves Santo del año 1642 y se hacía una somera descripción de la imagen. Más abajo citaba nombre y apellidos de su primer propietario, don Antonio María de la Haza y Góngora, vizconde de Cullera y de la Vilajoiosa, y detallaba el precio que había pagado por ella, 30 escudos de oro. En el dorso algo ennegrecido, escrito a bolígrafo con letra corriente y castellano actual aparecía el nombre del hombre que vendía quincalla, reconocido por el actual vizconde como el nuevo dueño de la Santa Imagen. Debajo, la fecha, 1º de febrero de 1940 y la firma del noble. Un poco más abajo Antonio Matalascañas Serrano, que así se llamaba el hombre, escribió: "En el día de hoy, 7 de febrero del año victorioso de 1940, Don Jesús Galera Valero pasa a ser propietario de este Cristo el cual ganó en buena lid". Y firmaba. Con el tiempo el documento desapareció sin que nadie supiera a ciencia cierta qué ocurrió con él. No obstante, mi abuelo sospechaba que acabó avivando las llamas del fogón fuera por descuido o fuera por voluntad propia de mi abuela Paca, que nunca vio con buenos ojos la débil pero pecaminosa alusión que en el malhadado documento se hacía al juego, aun reconociendo la prudencia de la expresión "en buena lid".

II

El Cristo llegó a Cuevas del Almanzora ese mismo mes de febrero. Antes de que empezara marzo, el viejo le proporcionó un trono digno y sencillo, de un tamaño aproximado de dos por dos metros; en el centro del cuadrado de madera de haya, barnizado de caoba oscuro, se levantaba un montículo de cartón-piedra de unos 60 centímetros de alto con un agujero redondo en la cumbre a la medida del diámetro de la cruz que se introducía en él y se inmovilizaba con cuñas que la falcaban. En cada esquina, un brazo de hierro pintado de color gris plata sostenía seis tulipas de cristal situadas a distintas alturas que se iluminaban con velas.

Con su flamante trono, el Cristo fue llevado a hombros hasta la Ermita del Calvario, por primera vez, la noche blanca de un Jueves Santo de 1940.

La imagen fue acogida por el Pueblo, desde el primer momento, con el mismo cariño que una cosa pública, tal vez porque la creían una parte de ese Pueblo desde que arribó, como lo era la familia que lo había traído, que se ocupaba de su cuidado y conservación y de la que tomaría la denominación popular de "Cristo de los Galera". Sin embargo, a pesar de la buena fe con que lo recibieron los cuevanos, el Cristo tardó más de veinte años en repetir un milagro reconocido multitudinariamente como tal, es decir un hecho sobrenatural que estuviera contrastado. Se sabe que acostumbraba a hacer algunas concesiones anuales que los penitentes agradecían acompañándolo en la Procesión del Silencio durante la cual solían cumplir sus secretas promesas, sin embargo nadie entendía aquellos intercambios como milagros sino más bien como cambalaches a modo de "yo te doy para que tu me des". Por eso hubo la conciencia popular de que durante ese dilatado período de tiempo el Santo Cristo hizo religiosamente oídos sordos a las reiteradas rogativas procesionales propias de la posguerra, en las que se suplicaba agua y trabajo tanto como el retorno, el perdón, el indulto o incluso el olvido de seres queridos que se contaban entre los derrotados, de los que, de algunos, no se tenía ninguna noticia y, de otros, hubiera sido mejor no tenerla.

El milagro definitivo, el más trascendente, si el Cristo no lo perpetró, cuando menos, lo permitió para satisfacer la humilde petición de don Servando que, por encima de todo, anhelaba que su esposa arrojara a este valle de lágrimas un descendiente. Don Servando —a la sazón notario y casado en segundas nupcias con Adelita de cuarenta años, veinte menor que él— llevaba cinco años persistiendo en el vano intento con la colaboración, no muy entusiasta, de su esposa. El señor notario, la noche de Reyes del año de gracia de 1952, prometió, ante el Cristo, su recatada señora y una salamanquesa que aguardaba para la cena entre las rendijas abiertas del yeso de la depauperada capilla, aportar los fondos necesarios para reconstruir completamente el habitáculo del Redentor que había sido devastado, algunos años antes, por un terremoto infiel acompañado de un desmedido aguacero que dejaron, como reliquias y estropicios, no menos grietas que goteras; las mismas que, hasta entonces, nadie se había preocupado de reparar.



2. El Cristo baja de El Calvario un Viernes Santo de mediados de los sesenta. (Col. Teresa Bolea Martínez)

En el pueblo ninguno daba una perra gorda por la descendencia de don Servando, quien ya era motivo de jocosas murmuraciones, a sus espaldas naturalmente, pues el tal susodicho tenía demasiado poder para las malas pulgas que se gastaba.

El milagro acaeció el Miércoles de Ceniza y el instrumento fue un antiguo novio de Adelita que vivía en Granada pero que no se perdía un Carnaval, y ese día, achispado y nostálgico, la sedujo, con torpeza aunque con diligencia, después del entierro de la sardina, mientras el notario jugaba en el Casino su partida vespertina de tute subastao. Ella se dejó hacer en memoria y homenaje a don Servando, que cumplió escrupulosa y alegremente su promesa cuando a los dos meses se enteró de que iba a ser padre. Aplicando una estricta lógica no se podría concluir quién es el verdadero progenitor pero sí que, sin duda, hubo un milagro que don Servando se encargó de difundir con convicción y profusión. No obstante, la experiencia demuestra que la lógica habría sido inútil para

justificar el milagro si la desconfiada gente del pueblo hubiera conocido la intromisión metaespiritual del novio. Pero sólo Adelita y mi bisabuelo supieron o sospecharon cómo ocurrió el milagro. Ni siquiera el novio, corto de luces, llegó nunca a relacionar el efecto con la causa, y como además, una vez recuperada la escasa lucidez tras la leve cogorza, temía la reacción de don Servando, jamás contó nada a nadie. El bisabuelo se enteró por la propia Adelita a la que, cuando nació la niña, le corroían la conciencia el remordimiento y la duda. Ella se sentía en la obligación de contarle a mi bisabuelo, considerado por todo el pueblo mentor y confidente del Cristo, la ayuda que de Aquel había recibido para poder consumir su milagro. Le manifestó también el deseo de confesarle al cura párroco su pecado. Sin mostrar el más mínimo asombro, el bisabuelo la consoló diciéndole que no todo lo que ocurre en el mundo se entiende pero que, en cualquier caso, si la niña ha nacido es porque Dios y el Cristo así lo habían querido y que, por tanto, los medios utilizados, ajenos pero anexos al matrimonio, estaban más que justificados por el fin que no era otro que quedarse preñada y con ello llevar la felicidad a su ilustre marido y a su pacífico hogar, por este orden. En consecuencia, el bisabuelo desaconsejó a Adelita, tajantemente, la confesión de su caída (o revolcón, según se mire) con el irrefutable argumento de que eso era una cuestión entre Dios, el Cristo y ella, y no debía, por tanto, meter al cura por medio para no crear malos entendidos en el escalafón teológico, ya que si el Santo Cristo milagrero hubiera tenido la voluntad de hacérselo saber al ignorante párroco, se lo habría comunicado Él directamente mediante un procedimiento digno y adecuado, no a través de una simple y algo escabrosa confesión. Tranquilizada la conciencia de Adelita por las palabras de don Jesús, ésta siguió su consejo, tal y como ella deseaba. Nunca más volvieron a hablar del asunto.

III

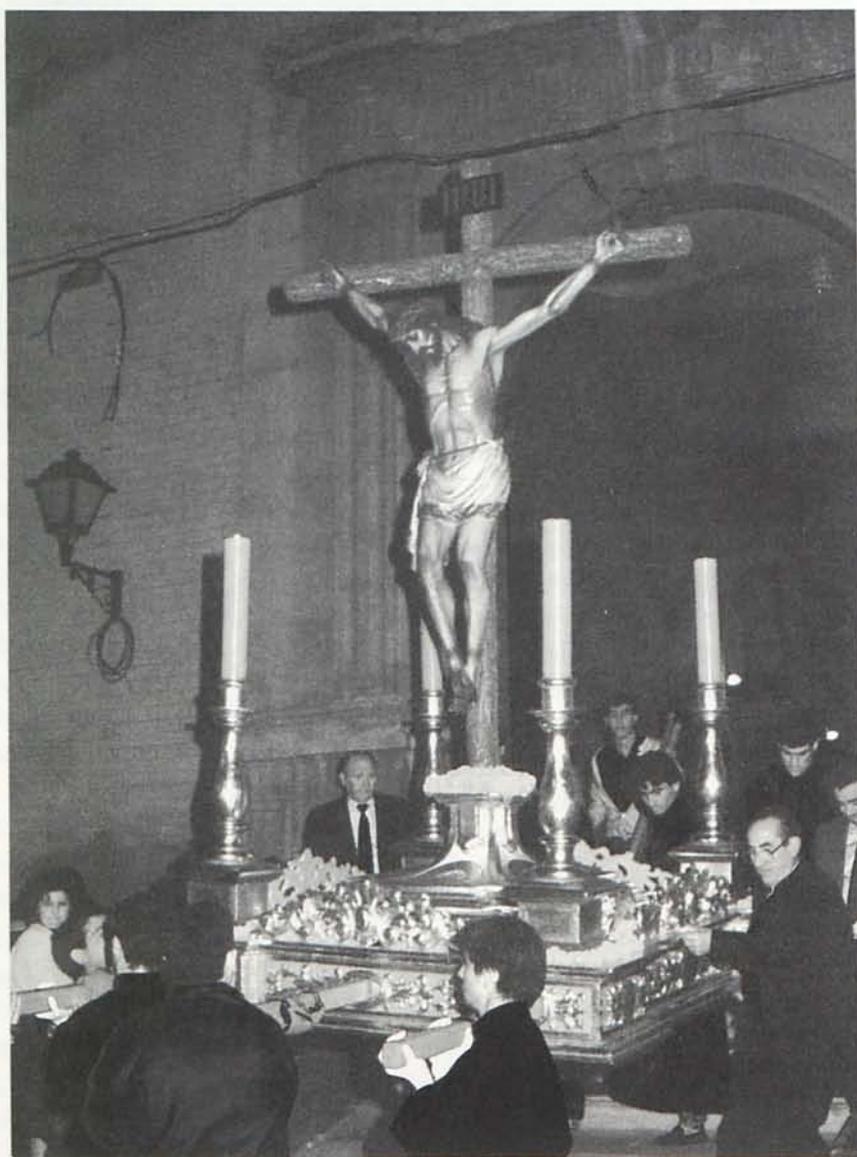
Recuerdo, como no podría dejar de hacerlo, el año 1973, el año del último diluvio, de la postrera gran inundación de octubre; meses antes, en la Semana Santa —a falta de "Santos Negros"— los misioneros lanzaban desde el púlpito sus sermones clarificadores, amenazantes y católicos a lo largo de una semana de pasión y catarsis beatificadora. Se encontraba entre ellos un angelical apóstol que reincidía en su afán predicador por cuarto año consecutivo, el Pa-

dre Alfonso, al que las mujeres devotas, conocían cariñosamente como el Padre Guapo, hombre de verbo fácil, escolástico y embaucador.

Como siempre, habíamos llegado desde Barcelona para pasar la Semana Santa en nuestro pueblo y, como siempre, antes de abandonar la iglesia, mi padre se detenía unos minutos en silencio frente al Cristo. Ese día yo le acompañaba. El Cristo estaba ya sobre su trono adornado, desde bien temprano, por las mujeres de mi familia con claveles rojos y blancos, dispuesto para salir en procesión. “En Teruel ha aparecido un Crucificado idéntico a éste, tallado, sin duda, no ya en el mismo taller sino por las mismas manos”. Mi padre se volvió y miró con incredulidad que se tornó sorpresa al comprobar que quien hablaba era el padre Alfonso. En respuesta a la muda sorpresa de mi padre, añadió: “Sí, es cierto Baltasar, y aquella imagen tiene una historia algo peculiar, me la contó alguien que la conoce bien porque fue testigo y partícipe de ella”. Me gustaría oírla, padre Alfonso, dijo mi padre con las mismas palabras que yo pensaba, palabras innecesarias, seguramente, porque si el misionero se acercó a nosotros lo hizo con la intención ya firme de dárnosla a conocer.

Prescindiré de la retórica y de las alusiones teológicas que salpicaban la narración del sacerdote acerca de la bondad y la maldad del alma humana y me ceñiré al meollo de la historia. Contaba el evangelizador que una noche, a los pocos días de iniciarse la Cruzada del general Franco, desaparecieron, una de la catedral y la otra de la ermita de Santa Clotilde de Teruel, dos imágenes de dos cristos crucificados idénticos, de las que nada se supo durante más de 30 años. Hace ahora un año, cuando se llevaba a cabo la demolición de la cochera de una vieja casa que siempre había pertenecido a una familia de “izquierdas de toda la vida”, la pared del fondo, que en apariencia simulaba una pared maestra, resultó estar

formada en realidad por dos tabiques separados entre sí por una oquedad de medio metro de ancho; al derribar los ladrillos del primer tabique, surgió del vacío lo que resultó ser un Crucificado envuelto cuidadosamente por un paño reluciente de terciopelo morado ceñido a la cruz y al Señor con cintas amarillas y rojas. La imagen se conservaba en un estado perfecto, casi en su estado original, salvo por un par de detalles: el paño de pureza había sido pintado primorosamente con los colores de la bandera republicana y, además, llevaba colgado del cuello, como el Cristo de Bembibre, un cartel en el que podía leerse: “Cristo Rojo, te perdonamos por que eres de los nuestros”. Las autoridades nacionales y católicas, visible y audiblemente —los sermones lo demuestran— in-



3. Salida del Cristo de la iglesia parroquial la noche del Jueves Santo de 1988. (Col. Teresa Bolea Martínez)

dignadas por la sacrílega acción, intentaron por todos los medios eliminar los satánicos colores, pero no lo graban hacerlo sin dañar la imagen. Decidieron, como solución de emergencia, repintar de blanco marfil la prenda manchada con el fin de ocultar el rojo, el amarillo y el violeta. Desde entonces los turolenses lo llaman entre ellos el Cristo Rojo. El Crucificado ha sido devuelto al mismo lugar del que desapareció, a su capilla catedralicia, después de que la Curia Episcopal lo haya recuperado para la fe mediante exorcismos y autos sacramentales.

Mientras el religioso hablaba, permanecíamos de pie los tres frente al Crucificado. Mi padre y yo no dejábamos de mirar al misionero cuya historia se entremezclaba en mi mente con la que 11 años atrás me había desvelado mi progenitor. Cuando terminó su relato, mi padre se interesó por el paradero del Cristo Gemelo de aquel; en esos instantes quise pensar que la respuesta podría tener alguna relación, aunque fuese lejana, con nuestro Crucificado, “no se sabe nada de él desde que desapareció, pero según palabras de algunas personas, que aún recuerdan aquella madrugada del mes de julio del 36 en que salvaron de la destrucción a ambos cristos salvadores, el Gemelo, que todavía permanece perdido, también fue pintado de la misma manera que el Aparecido. Y, por lo que recuerdan quienes participaron en la noche de autos, al Cristo Gemelo se lo llevaron, no se sabe dónde, en un camión *chevrolet* entre haces de paja para alimentar a las bestias; el vehículo lo conducía un teniente de carabineros que había llegado de Huesca al que acompañaba un soldado voluntario, oriundo de Monzón, que era recomendado suyo y conocido en la ciudad porque solía frecuentar el mercado de Teruel con un puesto ambulante de quincalla. Ninguno de los dos hombres ha vuelto a ser visto”.

El sacerdote calló y se despidió. Mi padre, pensativo, no sé qué pensaba. Yo, iluminado, me acerqué al Redentor para intentar rascar con las uñas la capa de pintura que protegía el paño de pureza. Mi padre me observó, movió la cabeza de un lado a otro en un gesto que no supe descifrar y me dejó solo; cuando tuve la impresión de que las yemas de los dedos y las uñas se amorataban, pensé en las palabras que, a modo de reproche, a menudo me había repetido mi

padre: “tu no quieres creer en Dios y vas a creer en todos los santos”, en ese instante descubrí en ellas un nuevo sentido. Me metí las manos en los bolsillos y salí serenamente de la iglesia.

EPÍLOGO

Vuelvo todas las semanas santas para acompañar al Crucificado en el vía crucis del Silencio. No tengo ningún compromiso —moral o espiritual—, lo hago por costumbre, con emoción y respeto aunque sin devoción. Me atrae la inmutable belleza de la noche brillante del Jueves Santo, en la que se concitan inexorablemente el Cristo, la luna, los eucaliptos, el silencio y, con ellos, mis fantasmas más amados.

Vuelvo a la iglesia cada Semana Santa en memoria de los que provengo y que tanto creyeron para nada. La lluvia, insólita, ha abortado las procesiones del Jueves y del Viernes Santo. Este año el Cristo no ha ascendido al Calvario. Hoy es Sábado de Gloria, llueve a cántaros cuando entro en la iglesia. Está vacía y el Cristo solo; me detengo frente a él y lo contemplo, me asaltan la misma admiración e incertidumbre desde hace 30 años. También lo ha envejecido el tiempo. La cruz se cae a pedazos, las manos y los pies se deterioran por el trasiego de las procesiones, los desconchones descubren las imperfecciones y los colores ocultos. Pero el paño de pureza se mantiene intacto. Veo a mi padre y a mi abuelo de pie, junto a mí, escuchando la historia del Crucificado contada por Él mismo, desvelando el enigma que ellos, mucho antes de morir, ya habían resuelto. El tañido de las campanas me rescata de la eternidad y me devuelve al tiempo.

Me meto las manos en los bolsillos y salgo de la iglesia, despacio, pesaroso, pienso que fueran cuales fueran los orígenes y avatares de nuestro Cristo —quizás Rojo, como el de Unamuno— no merece la condena del abandono.

—“¿Hasta cuándo?”—, me pregunto en voz alta mientras camino hacia la puerta. La respuesta es la de siempre, la esperada.

Continúa diluviando sobre el mes de abril del 2007. Cuevas reza para que deje de llover. Quién lo iba a decir.